

tiempo la tolerancia, si no el respeto de sus dominadores.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

(Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal.)

LENGUAJE DE ACCIÓN

Los poetas y filósofos que no alcanzaron á concebir una idea clara de Dios, lejos de desterrarlo de la naturaleza, poblaron los montes y los valles, los bosques y cavernas, los ríos y los mares, el cielo y el abismo de una cáfila de dioses sin cuento; y cuando no adoraron el becerro de oro, adoraron los cocodrilos y las cebollas en los huertos. Tanto repugna considerar la naturaleza como un libro de páginas en blanco, ó de mamarachos sin sentido, que hasta los que están privados de la luz divina para poder leer en él la verdad, leen el error; pero leen. Ningún pueblo del mundo ha creído que ante las armonías y símbolos de la naturaleza, el supremo esfuerzo de la ciencia consistiese en cerrar los ojos y taparse los oídos, y ahogar el grito de la conciencia. Repito lo que mil veces te he

dicho: para obrar así, es necesario estar ebrio de vanidad, y sobre todo, poco peso, poco peso.

Pues bien, ese perpetuo flujo y reflujo de los seres que, como un inmenso río, proceden del manantial eterno para volver á él; en su trabajo constante, sin tregua ni reposo, va engendrando formas y colores que, sin repetirse jamás, permanecen siempre los mismos: no de otra suerte que ahora la superficie del mar, vista desde aquí, nos parece inmóvil é inalterable como la losa de un sepulcro, no obstante su agitación perpetua y continuo cambio en todos los instantes transcurridos desde el primer instante de la Creación.

Hasta en los momentos en que la naturaleza nos parece como dormida y yerta, considera la rapidez con que somos arrebatados por el espacio, el trabajo interior de la vida y de la muerte, la incesante actividad del calórico, de la luz, de la electricidad, de la atracción y repulsión, de eso que llamamos fuerza, y que para vosotros, los materialistas, que no sabéis lo que es, lo explica todo.

¿Y qué diremos de los seres animados?

El movimiento es lo que principalmente revela su vida, lo que en el hombre revela su voluntad libre, las inclinaciones de su corazón, sus más recónditos pensamientos. El rostro, copia del alma, y sobre todo los labios y ojos, están dotados de una movilidad asombrosa. Cuando la atención se fija en algún objeto, clavamos en él la vista, ó si el alma se absorbe contemplándose á sí misma, la inmovilidad del semblante y de los ojos como cubiertos de un velo, indican que la vida se retira del exterior y se recoge, para concentrarse en lo más íntimo; pero cuando la imaginación vuela como mariposa, de pensamiento en pensamiento, los labios, los párpados, las pupilas, los casi imperceptibles movimientos de la frente siguen su caprichoso vuelo.

Ora nos hacemos todo ojos, ora caen desmayados los párpados, ora tiemblan y se ponen preñados de lágrimas, ora miramos de soslayo y con recelo, ora inclinamos la vista al suelo con humildad ó con vergüenza, ó con hipocresía, ora la paseamos por todas con descaro ó con altanero dominio, ora la apartamos de la tierra para levantarla al cie-

lo. El movimiento de las cejas y de la parte interior de la frente completan la expresión.

A veces la boca entreabierta retrata la inocencia y el candor, otras veces la abrimos toda con admiración ó estupidez: el labio se contrae, se cierra, se tuerce, tiembla de cólera; ya circula por él la sonrisa, ya lo ensangrentamos mordiéndolo.

El anciano camina con paso débil y tardado, el guerrero huella con firmeza y seguridad al campo de batalla, la niña tímida casi no se atreve á tocar con sus plantas la tierra, la coqueta se desliza como el aura emponzoñada por la blanda alfombra del salón, y el muchacho sale de la escuela corriendo y brincando más ligero que una ardilla. El charlatán meneaba los brazos como aspas de molino; quién los trae envarados, quién los dispone y mueve con estudiada afectación; con ellos hacemos ademán de apartar los objetos que nos inspiran aversión ú horror; el deseo y el amor los adelantan hacia el objeto amado: con ellos indicamos, suplicamos, imperamos, amenazamos, bendecimos, imploramos á Dios.

Ya inclinamos el cuerpo con respeto, ya erguimos la cabeza, ya hincamos las rodillas.

Todos nuestros miembros paracen unas veces servidores y esclavos del querer enérgico de la voluntad; y otras veces, como exentos de su imperio, corre por todos ellos el temblor del miedo, ó con sus estremecimientos y convulsiones descubren las internas angustias y padecimientos del alma. Los dedos se crispan, erizanse los cabellos. Un movimiento reprimido, un imperceptible movimiento del labio ó de los párpados, un apretón de mano equivalen á veces á todo un discurso.

Nada demuestra tan evidentemente la fuerza, la flexibilidad del lenguaje de acción como lo que sucede con los sordomudos reunidos en los establecimientos de enseñanza; pues, sin necesidad de otro lenguaje, se hablan y comunican perfectamente entre sí y con sus profesores, y este lenguaje natural es el único que ahora sirve de mediador para la enseñanza de la lengua escrita. M. Morel, al visitar el Instituto de Colmar, vió que los signos que allí empleaban los

sordo-mudos eran los mismos que los que empleaban los del Instituto de Paris. En opinión de los directores de este Instituto, el lenguaje de los sordo-mudos no se limita á la pintura de acciones visibles, sino que se extiende á la expresión de ideas morales y abstractas, y de todos los efectos del alma.

En los pueblos meridionales, el lenguaje de acción es altamente expresivo. Nadie ignora la aptitud de los italianos para la mímica: de la gesticulación de los napolitanos cuéntanse cosas estupendas.

Si el lenguaje de acción comunica realce y nervio á la oratoria, no hay que decirlo para formarse una idea de la importancia que daban los antiguos á la elocuencia del cuerpo, basta pasar la vista por las delicadas y minuciosas observaciones de Cicerón, y principalmente de Quintiliano, que dedica á esta materia uno de los mejores libros de sus *Instituciones*. En el día exigimos en el orador más sinceridad y menos arte: los patriotas de ogaño no se despechugan para manifestar al pueblo sus cicatrices, ni la travesura de nuestros abogados llega hasta el punto de presentar á la flaca

humanidad de los jueces un hermoso cuerpo desnudo, para desviar los ojos de la justicia de los ensortijados garabatos del escribano.

Lo que en la escena vale el lenguaje de acción nos lo mostró la Ristori: Mario y la Frezzolini suplen con él, no pocas veces, las pícaras jugarretas de la aporrreada garganta. Nuestros actores suelen estudiarlo poco, y los actores franceses demasiado. Cuando se exagera, dándole más importancia de la debida, se convierte en caricatura. No quiero citar á nadie.

El baile pantomímico de gran espectáculo, todo él no es sino un gran dislocamiento del arte.

Sin embargo la pantomima sola basta para darnos una idea bastante exacta de una acción dramática; y alguno que otro representante en determinadas situaciones expresa admirablemente los conceptos y afectos.

.
.

En los bailes populares, que generalmente no traspasan, como los del teatro, los límites de su propia jurisdicción,

suele verse perfectamente retratado el carácter del pueblo. Nuestros contrapases y cerdanas y los bailes de las provincias vascongadas presentan un aspecto varonil, grave y decoroso, que contrasta singularmente con la gracia y molicie oriental de los bailes andaluces. Los bailes gallegos, á vueltas de su rusticidad y pesadez, descubren aquel natural bonachón de los tiempos de Maricastaña.

JOSE COLL Y VEHI.
(Diálogos literarios)

LA NOBLEZA DE ARAGÓN

La nobleza de Aragón tuvo el mismo origen que la del resto de España, los elementos aristocráticos de la nación goda, desarrollados en las circunstancias especiales que creó para la península la invasión sarracena y la reconquista del territorio. Si hemos de creer á los historiadores aragoneses, los ricos hombres en Aragón son tan antiguos como la monarquía, y no falta quien los haga anteriores á los reyes; así sería la verdad si se pudiese prescindir en la historia de los